

1802

# el militante

2

agosto 1987

APUNTES PARA LA RENOVACION  
ORGANICA  
DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

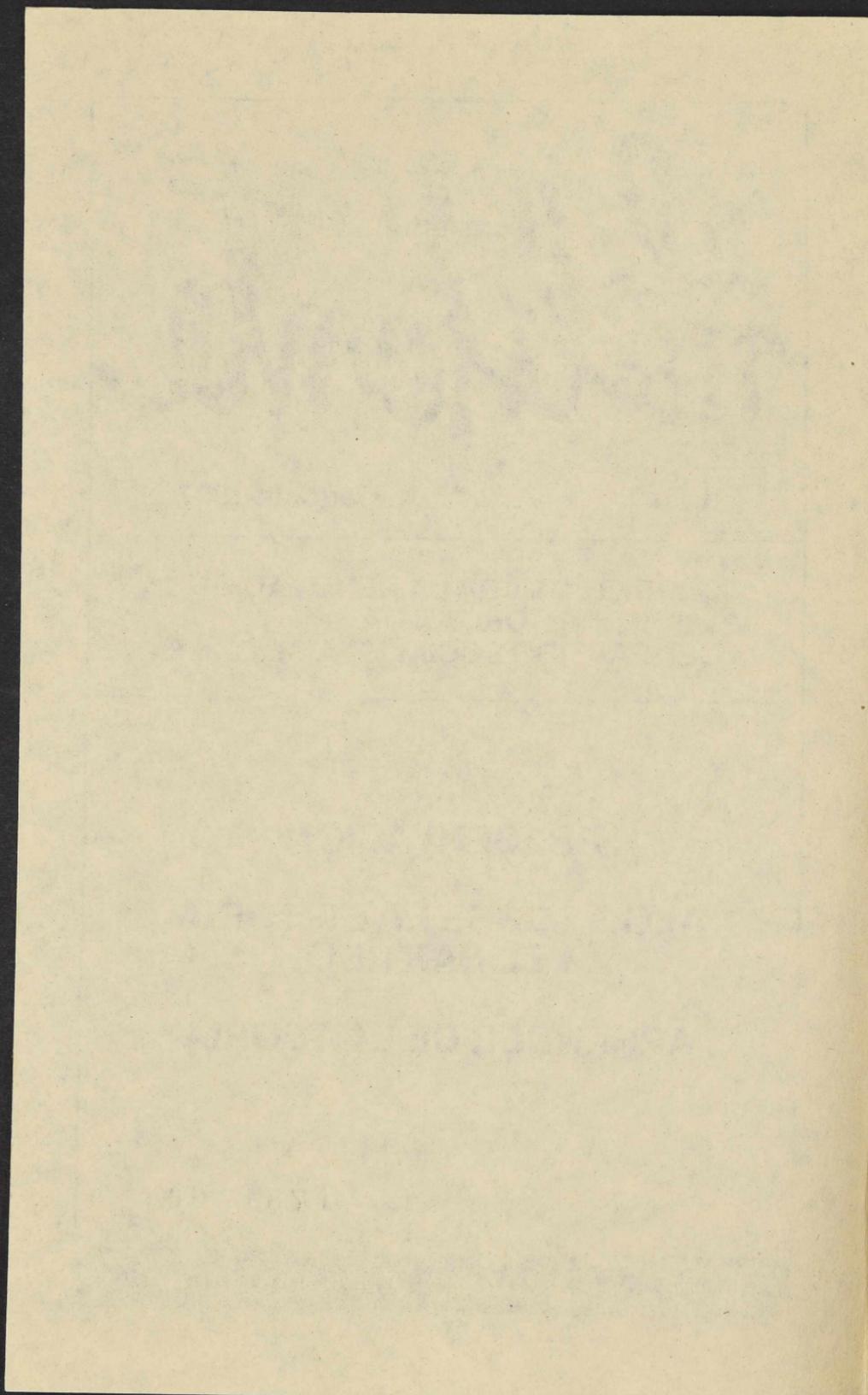
PRESENTACION

ALGO SOBRE LA HISTORIA  
DEL PARTIDO

APRENDER DE LA TEORIA

1781 06

COMISION NACIONAL DE ORGANIZACION



## PRESENTACION

Los documentos del número uno de esta publicación del Departamento Nacional de Organización, provocaron especial polémica y críticas entre la militancia de nuestro Partido.

El primero de ellos fue la "Declaración de Principios del Partido Socialista", reproducido por el órgano oficial del PSCh en ese entonces, el semanario "Consigna".

El párrafo criticado dice: "Durante el proceso de transformación total del sistema (capitalista), es necesaria una dictadura de trabajadores organizados. La transformación evolutiva por medio del sistema democrático no es posible, porque la clase dominante se ha organizado en cuerpos civiles armados y ha erigido su propia dictadura para mantener a los trabajadores en la miseria y en la ignorancia e impedir su emancipación".

Lo que criticaron muchos compañeros del Partido, es que en esta cita se postula una "dictadura de trabajadores" como necesaria para cambiar el sistema capitalista por uno de carácter socialista, en circunstancias que -actualmente- el PS reivindica la democracia como componente esencial del socialismo.

Esto último, es cierto. Sin embargo, también es cierto que el PSCh, en 1933, propuso la "dictadura de trabajadores organizados".

¿Qué pasó entre 1933 y hoy día?, ¿hay parentesco entre el socialismo de 1933 y el de hoy o ya no tienen nada en común?, ¿cómo se asume el pasado y la historia?, ¿simplemente se borra lo de ayer que no está de acuerdo con lo de hoy?, ¿porqué el PS, en 1933, proponía la "dictadura de trabajadores" y hoy propone vincular indisolublemente la democracia al socialismo?

En 1933 estaba fresco el encanto de la Revolución de Octubre, realizada por los bolcheviques en Rusia en 1917. Este hecho influía enormemente al movimiento internacional por el socialismo, conduciendo a éste a aceptar la experiencia como válida en lo general, pese a las críticas a sus resultados que surgían de sectores de los propios bolcheviques o de socialistas europeos como Rosa Luxemburgo, Anton Pannekoek y otros.

El PSCh no escapó a esta influencia de la Revolución de Octubre, pese a que la moderó al proclamarse autónomo en lo internacional y al reivindicar "como método de interpretación al Marxismo enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos y revolucionarios del constante devenir social". Sin embargo, el PSCh aceptó la idea de la necesidad histórica de la "dictadura de trabajadores". Esto último no se debió tanto a la imitación mecánica de la experiencia rusa sino, más bien, se debió a la situación chilena. En efecto, como resultado de la intervención de los militares chilenos en favor de las causas populares (el "ruido de sables" que obligó al Congreso a aprobar la legislación social obstruida por la oligarquía, la reposición de Arturo Alessandri y de su programa populista en la Presidencia de la República, la insurrección de la Escuadra en 1931, la instalación de la República Socialista en 1932, que es el antecedente práctico de la fundación del PS en 1933), la reacción organizó las Milicias Republicanas, que eran "cuerpos civiles armados" con la misión de mantener el orden oligárquico y para lo cual fueron dotadas de mejor armamento y más personal que las Fuerzas Armadas

regulares, de las cuales desconfiaban entonces las clases dominantes por bullir en su seno fermentos revolucionarios.

Las Milicias Republicanas, al imponer por la fuerza la dominación oligárquica, hacían imposible "La transformación evolutiva por medio del sistema democrático" e imponían la obligación histórica de doblegar su resistencia mediante una "dictadura de trabajadores organizados".

Es a esta realidad histórica concreta que la Declaración de Principios del PS intenta dar respuesta política, organizativa y estratégica.

En 1947, consolidado el sistema político, democrático representativo, consagrado en la Constitución de 1925, el PS formula la Fundamentación Teórica de su Programa de ese año. Esta postula la naturaleza directamente socialista de la revolución chilena (versus la revolución antioligárquica, antiimperialista, antifeudal y democrática avanzada del PC), la necesaria autonomía política de los trabajadores para conducirla (versus la alianza con la "burguesía nacional" del PC) y el carácter único e ininterrumpido del proceso al socialismo (versus la "revolución por etapas" del PC), el cual se define en el hecho de que el proyecto socialista es revolucionario por los fines que persigue -y no por los medios a que recurre para lograrlos-, así como por el que el socialismo recoge las conquistas políticas de la burguesía (en concreto los derechos individuales y colectivos contenidos en la institucionalidad democrática-representativa de la Constitución de 1925) no para destruirlos, sino para profundizarlos, consumándolos en la construcción de la República Democrática de Trabajadores (versus la Dictadura del Proletariado del PC).

¿Es que el PS de 1933 tampoco tenía ningún parentesco con el de 1947?

Sí lo tenía y muy importante. **En primer lugar** -al igual que nuestro Partido hoy día- ambos PS (que en realidad son el mismo, como es el mismo el nuestro), reivindicaban su inspiración en el marxismo "enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos y revolucionarios del constante devenir social". **En segundo lugar**, el PS de 1933, de 1947 y de 1987, proclamaban la necesidad de unir a los trabajadores manuales e intelectuales, y de formar alianzas de mayoría popular, para hacer posible el socialismo. **En tercer lugar**, los 3 PS ( que, repetimos, por estas continuidades históricas esenciales son el mismo PS) criticaban al estalinismo y propiciaban un partido y una sociedad, democráticas. **En cuarto lugar**, el PS -en 1933; 1947 y 1987- se define internacionalmente autónomo de todo centro dirigente mundial. **En quinto lugar**, el PS en todos esos mismos años, define al socialismo como su objetivo estratégico.

Se desprende de lo anterior que la actitud de los socialistas frente a la historia y, sobre todo, frente a su propia historia, no es la de avergonzarse y ocultarla, negarla o cambiarla en lo que mecánicamente no calza con la realidad y con los proyectos para el aquí y ahora, sino interpretarla críticamente a la luz de las condiciones históricas que fundamentaron sus tomas de posición en cada momento. Esto es usar el método de Marx, abierto y crítico (como lo pensó el propio Marx) y no incurrir en la deformación estalinista de convertir a la teoría revolucionaria en una receta o dogma inmodificable y válido para cualquier tiempo y lugar. Este exceso de Stalin, que caló profundamente en todo el movimiento comunista internacional, llevó a aberraciones como reescribir la historia para que coincidiera, automática-

mente, con el presente y a borrar de las fotos de la Revolución de Octubre a quienes la dirigieron y después no estuvieron de acuerdo con su conducción. Esta manera dogmática de entender al marxismo también es una forma de "mantener a los trabajadores en la miseria (aunque esta vez, de tipo intelectual) y en la ignorancia e impedir su emancipación".

En relación a la "dictadura de los trabajadores" es preciso agregar algo más.

Cuando Marx propuso la "dictadura del proletariado" como la forma de organizar estatalmente la dominación política de los trabajadores para conducir la transición del capitalismo al comunismo, pensaba en el ejemplo histórico de la Comuna de París, que fue el Estado más democrático que hasta entonces existió, pues en él se practicaban de verdad tres principios básicos:

- 1) La eligibilidad y revocabilidad de todos los cargos públicos (representativos o funcionarios),
- 2) salario funcionario igual al salario obrero, y
- 3) reemplazo del ejército profesional y de la policía por el pueblo en armas.

Por otra parte, Marx pensaba que -en la teoría política desarrollada por la experiencia de la humanidad hasta ese entonces- la "dictadura" (al igual que en la Roma imperial) era una forma de gobierno especial para momentos excepcionales y, por tanto, de carácter efímero y transitorio. Marx entendía (también al igual que en la Roma imperial) que la prolongación innecesaria de la "dictadura" era una "tiranía".

La Unión Soviética lleva 70 años de "dictadura del proletariado", en realidad convertida en "dictadura del Partido Comunista de la URSS". Esa "dictadura" ya no es efímera y transitoria. En consecuencia ¿sigue siendo la "dictadura" que pensó Marx o es otra cosa?

En la misma URSS ¿el pueblo en armas reemplazó al ejército profesional y a la policía?, ¿hay elegibilidad revocabilidad de todos los cargos públicos mediante sufragio universal libre, secreto e informado?, ¿se eliminaron las diferencias por ingresos?

Por todas estas razones y otras que sería largo enumerar, históricas y teóricas, los socialistas creemos que la democracia es un valor en sí, que está indisolublemente ligado a la definición del socialismo que queremos. Como otros ya hicieron la experiencia de una "dictadura de partido único", prolongada en el tiempo, y vienen de vuelta de ella, es que el PS no necesita hacerla y sí plantearse el problema de superarla. La historia no avanza linealmente, sino que lo hace a saltos. Por eso, podemos ahorrarle al pueblo de Chile los 70 años de "dictadura", al cabo de los cuales el dirigente principal de la URSS, Mijail Gorbachov, viene a concluir -como el PS desde su origen mismo- que "la democracia es un valor en sí".

En nuestro país, aunque con limitaciones, con interrupciones y con prógrosos promovidos desde y por el movimiento popular, la democracia existe desde la independencia de España. Por ello, la democracia forma parte profunda de nuestra cultura nacional y de la "chilenidad". De ahí que el proyecto socialista chileno, si quiere ser de mayorías y democrático, no pueda renunciar a vincular sólidamente el socialismo con la democracia, como lo entendió Allende.

El segundo de los documentos que causó polémicas y críticas, fue el de Anton Pannekoek "Crítica del Partido Revolucionario". En este caso, los editores del

boletín "El Militante", del Departamento Nacional de Organización, cometimos el error de no explicar suficientemente las circunstancias históricas que justifican el planteamiento de Pannekoek, de crítica a un tipo de partido político revolucionario que se pone sobre la sociedad, le impone políticas y no escucha ni comprende la realidad social y cultural en que actúa.

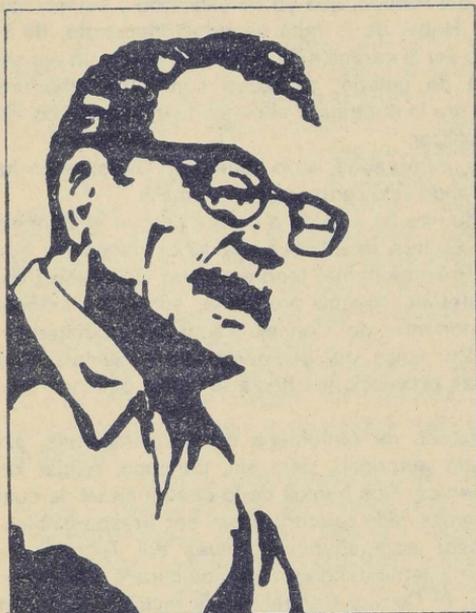
En realidad Pannekoek, no propone -como lo entendieron algunos compañeros- la "no necesidad histórica de partidos políticos revolucionarios que luchan por el socialismo junto al movimiento popular". Lo que Pannekoek fustiga es un tipo de partido que -ya en la propia lucha por el socialismo y en la construcción de éste- prescinde de la opinión de la sociedad y actúa autoritariamente en relación a las mismas clases y sectores de clase que pretende representar, y orientar.

En fin, el hecho de que se estimuló el debate, la réplica y la crítica ya es, para el DNO y para todo el Partido, un resultado alentador. Esperamos que este espíritu vigilante de los socialistas, su capacidad de expresarse críticamente sin temores, se acreciente y multiplique, pues ello es la única garantía de que la democracia interna y para la sociedad, que propone el PS, está bien defendida y con condiciones subjetivas favorables para ser una realidad cada vez más rica y profunda.

**Marcelo Schilling**  
**Secretario Nacional de Organización**  
**Departamento Nacional de Organización**

## ALGO SOBRE LA HISTORIA DEL PARTIDO

Informe al Pleno Nacional, del Secretario General del P.S. camarada  
**SALVADOR ALLENDE**



**SALVADOR ALLENDE**

Camaradas del Pleno y de la Conferencia de Organización:

A nombre del Comité Central saludo a los compañeros delegados que, desde Arica a Magallanes, han concurrido a este Pleno y a esta Conferencia, a la cual ha convocado el Comité Central en cumplimiento de explícitos acuerdos del último Congreso de Valparaíso. Saludo especialmente a los compañeros fundadores del Partido, que, por acuerdo del Comité Central, tendrán derecho a voz en esta Conferencia de Organización, como asimismo, a los ex miembros de los Comités Centrales anteriores, a quienes también se les ha dado la participación debida. Ha

querido la Directiva del Partido que no quede al margen de esta Conferencia ningún compañero cuya experiencia pueda ser aprovechada, ningún hombre que haya tenido responsabilidad en la marcha del Partido; de ahí la presencia aquí de muchos de los miembros que integraron los diversos Comités Centrales, y, especialmente la de los Fundadores del Partido, que tuvieron la inquietud, la visión y la responsabilidad de crear, en un momento difícil para nuestro país, esta herramienta de liberación que es el Partido Socialista.

En mi calidad de Secretario General me corresponde dar un informe, especialmente de carácter político, tratando de sintetizar, en este aspecto, las actividades del Partido.

El camarada Vicente Ruiz, Subsecretario, dará el informe administrativo. El camarada José Rodríguez, Presidente de la Comisión de Organización, se referirá al estado organizativo de nuestra entidad y planteará

los puntos de vista del Comité Central que sustentaré en esta Conferencia. El compañero Aniceto Rodríguez, Secretario General de la Juventud, dará el informe relacionado con la marcha, orientación y actividad de los cuadros de la F. J. S.

### ALGO DE LO QUE DIJIMOS EN VALPARAISO

Comprenderán los compañeros que debo ser breve y que, esencialmente, tendré que referirme a hechos y circunstancias concretos. Desde luego, debo recordar que en el Congreso de Valparaíso, en el informe que entregara a nombre de la Directiva Colegiada de ese entonces, dediqué extensos párrafos a dar a conocer, con un claro sentido de autocritica, aquellos males, vicios y errores del Partido, que yo he estimado y estimo han entabado su desenvolvimiento. Hablé de la falta de adoctrinamiento, de la indisciplina, del democrataje; hice ver la carencia de un programa, de un pensamiento común, de una unidad de criterio; destaqué cómo no sabíamos distinguir, muchas veces, lo que era la doctrina o el pensamiento filosófico, de la táctica política o la estrategia a utilizar.

Si recuerdo éstos hechos, camaradas, es porque esta Directiva se ha esforzado en ir, lentamente, superando estos errores y estos vacíos.

La falta de adoctrinamiento nos ha movido a bregar porque el Consejo Técnico y el Departamento de Cultura desplieguen la labor necesaria que pueda remediar esta situación. Próximamente, tendremos un Congreso Económico del Partido. Allí estudiaremos nuestro programa, sobre los antecedentes acumulados por los componentes del Consejo Técnico. Estudiaremos, también nuestra Declaración de Principios, que estimamos debe revisarse a la luz de hechos recientes y con las proyecciones hacia el futuro que han brotado del actual conflicto mundial.

La indisciplina, hemos tratado de remediarla sin exageraciones, sin imponer con brusquedad nuestra autoridad, pero sin, tampoco, relajar los deberes que como Directiva, tenemos. Nos hemos dado cuenta cabal de cual es la situación del Partido, y hemos sido tolerantes sin ser irresponsables. Hemos sancionado a numerosos compañeros a través del Tribunal de Disciplina, que actúa con absoluta independencia; no hemos mirado a quien se castigaba, sino la falta cometida. El Comité Central no ha rectificado ningún pensamiento uniforme; un criterio central, una unidad de interpretación de los hechos políticos, del desarrollo histórico; de las luchas sociales.

El democrataje interno, expresado esencialmente en vicios electoreros del Partido, hemos tratado de suprimirlo, eliminando las elecciones internas para candidatos a Regidores, aceptando tan sólo las sugerencias de las bases, sin que esto signifique para la Directiva, una obligación de acatarlas. No hemos querido dejar de oír el pensamiento de nuestros compañeros, pero tampoco hemos querido seguir indiferentes, por la pendiente de descomposición interna, que en repetidas ocasiones, apuntó en diversas Seccionales del Partido, con ocasión de las luchas parlamentarias o de Regidores.

Tal como lo dijimos en Valparaíso, estos vicios menores hemos tratado de remediarlos, como así mismo aquellos otros que requieren mayor dedicación, tiempo y trabajo y que significan darle al Partido un pensamiento

uniforme, un criterio central, una unidad de interpretación de los hechos políticos del desarrollo histórico, de las luchas sociales.

Por último, camaradas, hemos bregado por obtener la confianza de nuestros compañeros, hemos querido que la palabra del Secretario General o la palabra del Comité Central sea creída por las bases del Partido, que no se piense que detrás de ella hay un engaño o el deseo falaz de inducir a error. Siempre hemos planteado frente a frente a nuestros compañeros nuestro pensamiento, y mantendremos esta actitud, que permitirá recuperar la confianza en los dirigentes y la seguridad de que éstos pueden equivocarse, pero no engañar a sus compañeros.

### LA ORIENTACION DADA POR EL COMITE CENTRAL

Paso ahora, camaradas, a hacer una sucinta exposición de la línea política seguida por el Comité Central en relación con los acuerdos tomados en el último Congreso Extraordinario. Dejo constancia de que todas nuestras resoluciones han estado inspiradas en las conclusiones allí adoptadas.

Los acuerdos del Congreso de Valparaíso los dimos a conocer públicamente y los comentamos en el discurso pronunciado el 25 de octubre, con ocasión de la Marcha del Socialismo. Debo hacer presente que después de dos años, nuevamente, el Partido volvió a la calle. Debo reconocer que, ante el escepticismo de muchos y la indiferencia de otros, demostramos que el Partido, si no está como en sus mejores tiempos, tiene reservas suficientes que permiten tener esperanzas fundadas de recuperar pronto nuestra fe, nuestra mística y nuestro entusiasmo.

Siete mil socialistas desfilaron en Santiago, ratificando su convicción y su confianza en los destinos del Partido. En esta oportunidad, repito, dimos a conocer los acuerdos que en política internacional y nacional adoptáramos en Valparaíso.

En cuanto a política internacional, hicimos presente que la ruptura con el Eje no bastaba, que era necesario se tomaran medidas, sobre todo, de índole económica contra los capitales del Eje, a cuya protección y amparo se desarrollaban actividades sediciosas contra la democracia. Hicimos presente que debían, seriamente, adoptarse medidas contra los conspiradores o los complotadores, al servicio de la fuerza fascista. Destacamos asimismo que propiciábamos la unidad política y económica del continente; que requeríamos un pensamiento ágil en materia internacional, que hiciera que Chile capitaneara el entendimiento de estos países pequeños, a fin de plantear, en la hora de la paz, sus puntos de vista de continente a continente. Destacamos cómo la política de buena vecindad servía para amparar a pseudo-demócratas, a gobernantes inescrupulosos, a caudillos criollos que han hecho de la democracia una mercancía de exportación, mientras internamente adoptan actitudes similares, a las peores tomadas por los dictadores fascistas.

En política nacional, hicimos presente que apoyaríamos todas las iniciativas del Gobierno tendientes a enfocar los apremiantes problemas que el pueblo reclama sean solucionados. Que nos reserváramos el derecho a crítica, como la mejor colaboración; que no éramos demagogos ni oportunistas, pero que tampoco éramos incondicionales de ningún Gobierno, de ningún hombre, de ninguna situación; que no queríamos prebendas ni buscáramos puestos ni

granjerías administrativas, que lo único que deseábamos era que la Alianza y que el Gobierno propiciaran o tomaran las medidas destinadas a luchar contra el hambre, la desocupación y la miseria, que azotan a nuestro país. Los Regionales, Seccionales, Diputados, y Senadores han tenido amplia libertad para criticar al Gobierno. E. C. C. ha ordenado a los Regionales movilicen al Partido contra la vida cara, la especulación. Si los Regionales no lo han hecho, no ha sido culpa del C. C.

En Valparaíso, resolvimos sumar nuestro esfuerzo para conseguir la unidad sindical de las masas obreras en torno a la CTCH. Se tomó, además, el acuerdo de elegir una directiva unitaria.

El Secretario General, es nuestro camarada Bernardo Ibañez, y podemos decir que, hasta ahora, las planteaciones formuladas por los consejeros socialistas han contado con el apoyo de los delegados radicales, falangistas y democráticos, lo que prácticamente le ha dado al Partido mayoría absoluta en el Consejo Directivo Nacional.

En el Congreso de la CTCH, se planteó el retiro de este organismo de la Alianza, lo que fué rechazado. El Congreso era un torneo democrático, lo que nos obligaba a aceptar las resoluciones allí adoptadas, por eso se ha permanecido en la Alianza Democrática.

En lo referente a Partido Nuevo, en Valparaíso se aceptó la concepción teórica de la unificación de los sectores populares, sobre la base del socialismo científico y con un programa de tipo nacional. Se hizo presente, además, que éste no era un proceso de iniciación, sino de culminación política, que las etapas históricas no se maduran artificialmente, y que era previo, para ello, establecer pautas de acción común, política, parlamentaria y sindical, con el Partido Comunista. Se acordó, asimismo, establecer los Comités de Enlace, de tipo regional y nacional.

Como puede observarse, el Congreso de Valparaíso nos dio una línea política, y nosotros la hemos seguido, preocupados esencialmente de los intereses del Partido y de los intereses nacionales.

Tres hechos de importancia emergen a este respecto, y ellos son: el Pacto Electoral, la Carta al Partido Comunista y la Carta a la Convención Radical. En torno a estos tres hechos, prácticamente, ha girado la acción política del C. C.

## PACTO ELECTORAL

Por acuerdo del Congreso debíamos mantenernos en la Alianza Democrática y afianzar la unidad de la Izquierda. Nuestra experiencia nos obligaba, también, a evitar que el Partido fuera solo a las elecciones; todos conocemos el desastre que significó, desde el punto de vista electoral, mejor dicho, desde el punto de vista de nuestra representación parlamentaria, el que el Partido no hubiera ido en lista del Frente Popular. Sabemos que, para elegir a un Diputado, los Radicales necesitaron, yendo en la lista común, sólo 2.200 votos; los Comunistas, 3.100; y los Socialistas, por ir independientes, 5.200. No ignoramos que con 90.000 votos los Radicales obtuvieron 42 Diputados, y nosotros con 80.000 sacamos 15. De ahí, entonces, que el Comité Central haya estimado indispensable ir en lista común con los Partidos integrantes de la Alianza. Al mismo tiempo expusimos nuestros puntos de vista, que fueron, a-

ceptados después de largas discusiones y teniendo que vencer serias resistencias de otros partidos qué no compartían nuestra tesis, en el sentido de fijar como base para las elecciones de Regidores próximas, las pasadas elecciones de Regidores, y como base para las próximas elecciones parlamentarias, las pasadas elecciones parlamentarias. El Pacto Electoral da al Partido, la oportunidad de ubicaciones que le son convenientes y en relación justa con sus fuerzas efectivas.

Si el Partido mantiene el mismo número de votos, sin exageración subiremos de quince a veinticuatro Diputados, o quizás más. Si el Partido aumenta sus votos, lógicamente nuestra representación será mayor. Si disminuye el número de votos, con las ubicaciones que tendremos, podremos mantener siempre una cuota de Diputados mayor que la actual.

En las senaturías, existen posibilidades de triunfo para el Partido en cinco circunscripciones: Tarapacá y Antofagasta; Valparaíso y Aconcagua; O'Higgins y Colchagua; Concepción y Ñuble; Valdivia, Llanquihue y Magallanes. Si el Partido sabe trabajar, al margen de toda preocupación personalista si, con el viejo espíritu de ayer, nos volcamos a la lucha obtendremos cinco Senadores. Dos Senadores no se renuevan lo que hace posiblemente que tenga 7 representantes en el Senado, y alrededor de 25 en la Cámara de Diputados.

El Pacto Electoral, camaradas delegados, lo estimo conveniente para la unidad de izquierda, lo estimo justo, y, -¿por qué no decirlo?- conveniente para los intereses del Partido Socialista.

### CARTA AL PARTIDO COMUNISTA

Hemos hecho presente que en el Congreso de Valparaíso se tomó una resolución en torno a lo que se ha llamado el Partido Nuevo. Pues bien; en los meses siguientes a ese torneo pudimos constatar que el Partido Comunista, con la agilidad que le es característica, seguía planteando el problema del Partido Unico o del Partido Nuevo, de acuerdo con sus puntos de vista; a través de las charlas de sus parlamentarios, de las directivas de sus funcionarios y, sobre todo, diariamente, en una campaña, sostenida y metódica, desde las columnas de "El Siglo".

La persistente actitud del Partido Comunista, la reiterada insistencia en sus puntos de vista, hicieron mella en ciertos sectores del Partido Socialista, que, desconociendo los acuerdos categóricos del Congreso de Valparaíso, han aceptado la creación de Comités de Enlace por la base y han tomado resoluciones que no son las propiciadas por la Directiva del Partido en relación con: acuerdos políticos, campañas, peticiones al Gobierno, etc. Estos hechos y, además la circunstancia seria y grave de que, internamente, algunos camaradas del Partido estuvieran en absoluto desacuerdo con la formación del Partido Unico y otros lo propiciaran sin mayor consideración a las repercusiones que esto pueda traer, movió a la Directiva a encarar este problema en forma definitiva y pública. De ahí que le planteáramos al Partido Comunista, en un documento dado a conocer en la prensa del país, nuestros puntos de vista.

La Directiva tiene la absoluta evidencia de haber interpretado el sentimiento mayoritario de los socialistas, en este histórico documento; tiene la evidencia de haber hecho presente nuestro pensamiento, constructor y crea-

dor, en relación con las posibilidades que emanen de la post-guerra y los cambios sociales que ellas suscitan; de definir una política internacional a seguir en torno a la unidad continental y a las pseudo-democracias de América.

En la Carta Socialista se analiza la realidad política actual y se rechaza la postulación de lo que se ha llamado "la unidad nacional". Se destaca nuestra posición ante el Gobierno y se llama a una acción conjunta entre comunistas y socialistas, en torno a un plan esbozado por nosotros, de alcance político parlamentario, electoral y sindical. Hoy, después de esta carta, todos los socialistas de Chile tienen una obligación: saber cuál es el pensamiento central y básico de la Directiva del Partido, que está de acuerdo con el Congreso de Valparaíso y que determina una clara posición en torno a lo que se ha llamado "El Partido Nuevo". Todos los socialistas de Chile están, pues, obligados a seguir esta línea, que no es de tramitación ni de premura, que no es de entreguismo ni es de indiferencia o de irresponsabilidad política. Somos partidarios de la unidad, somos partidarios de crear un instrumento nuevo, pero esto a su debido tiempo. La unidad no la entendemos con el sacrificio del Partido, con la traición al Partido Socialista, con el entreguismo del Partido Socialista; la creación de un Partido Nuevo la entendemos como una etapa de superación, ella vendrá cuando tengamos la evidencia de que este instrumento es mejor que el actual que tenemos, ella vendrá cuando la acción conjunta que puedan desarrollar socialistas y comunistas, pruebe que es posible un amplio entendimiento.

En Partido Nuevo vendrá cuando hayamos llegado los sectores populares a tener un mismo pensamiento filosófico y doctrinario, cuando aceptemos los mismos procedimientos y las mismas tácticas. Sin premura, marcharemos por el camino trazado, camino que es obligatorio para todos los militantes sin excepción, y como Secretario General del Partido yo declaro aquí, con absoluta responsabilidad, cuál es mi criterio y el del C. Central. Los que no piensen como nosotros, los que crean en la urgencia de un Partido Único, realizado como quien abre nuevos registros donde concurren a firmar de inmediato todos los socialistas y comunistas, están de más en nuestras filas, e, hidalga y claramente, deben marcharse del Partido. Los que piensen que la unidad se puede forjar, pero por etapas previas, deben estar junto al Partido y a su Directiva, en continuidad con lo resuelto en Valparaíso, para crear un Partido Nuevo cuando las circunstancias lo permitan y al realidad social lo reclame, pero un Partido Nuevo con nuevos métodos, con nuevas tácticas, con nuevos procedimientos, en que no se vaya a hacer parcela de los viejos grupos políticos y en que no se vayan a tratar de imponer, en trabajo fraccional, determinados sectores.

Para ello debemos prepararnos. A nuestro juicio, la preparación esencial es precisamente el robustecimiento del Partido Socialista. Habrá Partido Nuevo fuerte sobre la base de que los Partidos que lo integren tengan disciplina, cohesión, doctrina y robustez interna. Sobre un Partido Socialista desquiciado, sin contenido, sin médula ni acción, no podrá construirse nada serio. Por ello hemos planteado nuestros puntos de vista, que han sido contestados por el Partido Comunista después de 51 días. La respuesta del Partido Comunista no nos satisface; ella elude, en gran parte, lo expuesto por nosotros. En otras, coincide con los puntos de vista sostenidos en la comunicación del Partido Socialista. El Pleno resolverá en definitiva lo que

deba hacerse. La Directiva del Partido sostiene que deben mantenerse los puntos esenciales expuestos en nuestra comunicación que establece, que debe propiciarse un rápido entendimiento que permita la acción común del P. S. con el P. C. en beneficio de los sectores populares del país, y que de allí saldrán las perspectivas que permitirán afianzar o nó un mayor entendimiento.

### CARTA AL PARTIDO RADICAL

Otro hecho de importancia que debemos destacar es el que dice relación con el Gobierno y con el Partido Radical. La Convención Radical se ha realizado hace pocos días; era lógico que chocaran en ella las corrientes que desde hace meses se vienen delineando con absoluta precisión. El Comité Central Socialista creyó necesario innovar en los viejos moldes que regían las relaciones partidarias y para ello remitió una carta pública a la Convención Radical. Este documento que Uds. conocen, que es innecesario que analice a fondo, el Partido Socialista hace ver al Partido Radical sus puntos de vista en política internacional y en política nacional.; le propone medidas que activen las realizaciones en favor del pueblo, y, sobre todo, le insinúa la conveniencia de que la Alianza Democrática llame a un Congreso Económico de donde pueda salir el programa que obligue y cohesione a las fuerzas de izquierda y que le imponga al Gobierno la necesidad de realizarlo.

En esta carta también hacemos ver que el Partido Socialista estima que el Partido Radical debe asumir la responsabilidad plena del poder, como Partido mayoritario al cual pertenece el Presidente de la República, y que tiene mayor representación parlamentaria. No hemos estado esquivando el bulto, jugando al gran bonetón: hemos expuesto nuestros puntos de vista con diáfana claridad, hemos dicho lo que el Partido piensa y lo que estima debe ser la solución de la actual situación política.

Estos son, camaradas, los tres aspectos más notorios de nuestra acción política, que he analizado en forma superficial y somera, porque pertenecen ya al amplio conocimiento público. De todas maneras, quiero destacar que el camarada Jefe Político dará un informe, o hará una exposición más completa que permita juzgar mejor los antecedentes que se han tenido para proceder así. Igualmente el compañero Jefe del Departamento Internacional dará a conocer en un informe especial el pensamiento de este Departamento aceptado por el Central.

### PERSEVEREMOS EN LA ACCION

Camaradas: Quiero destacar este hecho: que a lo largo de toda nuestra labor ha existido un pensamiento uniforme y un hilo de continuidad, que nace desde el Congreso de Valparaíso y que se mantiene hasta ahora. Quiero destacar que nuestra preocupación básica será afianzar y acentuar la estructura orgánica del Partido como cosa interna, eliminación de la disciplina y del demócrataje, dar tareas concretas, para lo cual trazaremos en conjunto un plan de superación de las actividades partidarias. En materia internacional, llamaremos nuevamente a un Segundo Congreso de los Partidos Populares y Democráticos, cada día más necesario ante el drama del mundo y la inquietud que se advierte para los pequeños países y para las masas trabajadoras. En

materia nacional, propiciamos un Congreso Económico de las fuerzas democráticas. Ya lo dijimos el 25 de octubre, éste es el lema de nuestra acción: **la democracia política no basta**. Hay que ir a una democracia económica. Hay que hacer intervenir al Estado en los grandes rubros de la producción y de la economía nacional; sólo una economía planificada, sólo el capitalismo del Estado utilizado con sentido social, permitirá el avance que el país reclama y por el cual hemos estado luchando infructuosamente hasta ahora.

Camaradas del Pleno: he aquí los antecedentes que, simplemente, entrego a Uds.; he aquí los conceptos de orden internacional y nacional que, desmenuzados en nuestros debates y en nuestras conclusiones, deben constituir el motor que movilice al Partido en nuestra jornada. Camaradas del Partido ¡Adelante!



## APRENDER DE LA TEORIA

### El Modelo Leninista de Partido



LENIN

A lo largo de la mayor parte del siglo XIX, Rusia se mantuvo al margen del proceso evolutivo del resto de Europa. Su situación interna se caracterizaba por un claro predominio de las relaciones feudales, frente a las cuales los sectores burgueses, influenciados por las ideas democráticas de origen francés, resultaban escasamente operativos. Junto a ellos, el escaso proletariado -que a mediados de siglo no llegaba al medio millón de trabajadores frente a 23 millones de campesinos- no era tampoco capaz de desarrollar un movimiento revolucionario que potenciara un cambio de situación. Por el contrario, la clase dominante, constituida fundamentalmente por algo de 100.000 propietarios de tierras, contaba con el poderoso aparato burocrático-policial zarista, que no sólo impedía físicamente cualquier veleidad revolucionaria, sino que impedía incluso que ésta tomara cuerpo más allá de los diminutos sectores intelectuales progresistas, gracias al embrute-

cimiento sistemático al que sometía a la gran masa del pueblo.

Estas características de la formación social rusa explican que, mientras en gran parte de Europa el movimiento obrero se iba desarrollando y organizando en la doble vertiente marxista y anarquista, en Rusia se impusiera el populismo como primer gran movimiento revolucionario.

Las organizaciones populistas heredadas de las corrientes de intelectuales progresistas formadas en torno a Herzen, y Tchernicheski, aspiraban a una revolución popular con base en el campesinado, que sería dirigida por una élite de intelectuales. Aunque no negaban el desarrollo capitalista en Rusia, pues ya era evidente, lo consideraban artificial y sin futuro por estar basado en el Estado y en el capital extranjero.

La orientación, cada vez más acentuada, del movimiento populista hacia

prácticas terroristas debido a la dificultad de desarrollar una acción directa de masas, marcaría su esquema organizativo de pequeños círculos ultra-clandestinos, cuestión que influenciaría a los primeros círculos marxistas que fueron surgiendo a partir de 1883 con base en el importante desarrollo industrial hacia el que se orientó el zarismo, presionado por las dificultades crecientes que le causaba el movimiento campesino, aguijoneado por el paro, la proletarización y el hambre.

Es precisamente en estos años, concretamente en 1893, cuando Lenin comenzará de un modo sistemático su actividad política. En esta primera fase de su actividad, sus concepciones organizativas, derivadas de una aceptable asimilación de la teoría marxista, le llevaron a reorganizar su pequeño círculo, estableciendo una jerarquización de tareas y orientándolo hacia la formación de grupos de discusión obreros, a partir de los cuales se formarían colectivos en los locales de trabajo que serían coordinados por un grupo central.

Esta primera aproximación de Lenin al tema organizativo, cuya base era esencialmente pragmática -una división de tareas unida a una rígida disciplina y una separación entre el núcleo dirigente y los activistas de fábrica, con el fin de permitir y una mayor eficacia y una mejor protección frente a la policía- se fue consolidando en los años siguientes gracias a la lucha que se vio obligado a mantener con un sector del propio movimiento marxista ruso, los economicistas, que partían de una separación radical entre la lucha económica inmediata y la lucha política.

Como consecuencia de esta separación consideraban que no era necesario un partido político de la clase obrera, pues para los trabajadores era suficiente con la existencia de organizaciones sindicales, siendo útiles los grupos marxistas para elevar el nivel cultural y teórico de los trabajadores, al mismo tiempo que defendían los intereses de éstos dentro de los círculos liberales de oposición en la lucha contra el zarismo.

Esta situación llevó a Lenin y a sus colaboradores a teorizar sobre la necesidad de un partido diferenciado, tarea en la que fueron afianzando sus puntos de vista y consolidando un esquema teórico que aparecería expuesto de un modo sistemático en el "¿Qué hacer?", algunos años después.

Para Lenin la lucha política y económica del proletariado eran inseparables, y el único modo de caminar hacia la sociedad socialista era autonomizarse política y organizativamente de la oposición burguesa. En este sentido, la tarea central de los revolucionarios debería ser la construcción de un partido que fuera capaz de orientar eficazmente a la lucha. Para ello no bastaba con coordinar los grupos existentes y dotarles de un programa político común, sino que era necesario, previamente, aclarar cómo debería ser un partido obrero y definir sus objetivos, y sólo después realizar un Congreso que sirviera de punto de arranque a una fase superior de la lucha revolucionaria en Rusia.

"¿Qué Hacer?" aparece como el resumen de este trabajo previo, realizado en "Iskra" a lo largo de tres años y tiene por ello dos tipos de limitaciones que suelen ser olvidadas por sus adeptos más fervorosos: en primer lugar es una obra escrita como propuesta para el establecimiento de un embrión organizativo mínimamente eficaz bajo las condiciones particularmente represivas del zarismo; en segundo lugar, la polémica contra el economicismo lleva a resaltar ciertos aspectos que pueden ser argumentos importantes para

hacer prevalecer sus opiniones, pero que de ningún modo poseen la importancia que podrá desprenderse del relieve con que aparecen a lo largo del texto. En este sentido, el ataque contra la "libertad de crítica" y las acusaciones de desprecio por la teoría y culto del espontaneísmo, que Lenin destaca en los primeros capítulos, sólo pueden interpretarse como parte de la lucha por la autonomización del movimiento obrero frente a la dependencia en relación a la burguesía liberal en la que intentaban encorsetarle las diversas tendencias reformistas. Confinar el proletariado en la lucha económica espontánea como pretendían hacer los economicistas, sería condenarle a la explotación perpétua. La lucha sindical, en una perspectiva revolucionaria nunca podría ser más que una parte de los objetivos proletarios, siendo el principal de éstos - en el caso ruso- la abolición del zarismo, primer paso en la lucha por la destrucción del capitalismo.

Desde una perspectiva de lucha de clases no se puede separar la agitación económica de la política, pues el sistema político es el guardián del orden económico, y éste no puede ser alterado sin destruir sus defensas. Mientras el movimiento obrero vaya unido al culto de la espontaneidad, que le subordina a la visión del mundo de la burguesía, su lucha no podrá transformarse en una lucha por el socialismo, y quedará irremediabilmente cerrada entre las paredes del sistema capitalista. Para Lenin, los comunistas "no sólo no pueden circunscribirse a la lucha económica, sino que ni siquiera pueden admitir que la organización de las denuncias económicas constituya su actividad predominante..." (¿Qué Hacer?, p. 164. Obras Escogidas, Ed. Progreso, Moscú); lo esencial es luchar contra todas las manifestaciones concretas de la opresión: "La conciencia de la clase obrera no puede ser una verdadera conciencia política si los obreros no estuviesen acostumbrados a hacerse eco de todos los casos de arbitrariedad y opresión, de violencia y abusos de toda especie, cualesquiera que sean las clases afectadas; a hacerse eco, además desde el punto de vista socialdemócrata, y no de cualquier otro..." (¿Qué Hacer", p. 175, Ed. cit.).

La conciencia política sólo será socialista en la esfera de las relaciones de todas las clases y capas con el Estado. La tarea de los revolucionarios es estar en la vanguardia de todo el movimiento democrático y no exclusivamente encerrados en las luchas de empresa. Junto a los aspectos enunciados hasta aquí, y que difícilmente pueden ser cuestionados por aquellos que pretenden ir más allá de vender la fuerza del trabajo al mayor precio posible, Lenin justificaba la necesidad del partido sobre una teoría, tomada por Kautsky, cuyos peligros podemos apreciar claramente sobre la base de la experiencia posterior: el papel de los intelectuales como portadores de la teoría revolucionaria y la incapacidad del movimiento obrero para superar, por sí sólo, la actividad de tipo sindical.

"...La clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, sólo está en condiciones de elaborar una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar del gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc. Por el contrario, la doctrina del socialismo surgió de teorías filosóficas, históricas y económicas, elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, por lo intelectuales..." (¿Qué Hacer?, p. 142, Ed. cit.).

Del análisis de estos aspectos y de las necesidades que impone la lucha clandestina deducía Lenin una concepción del partido donde éste aparecía como una parte de la clase obrera, pero no una parte cualquiera, sino su vanguardia armada con el conocimiento de la leyes científicas del desarrollo de las sociedades y, por tanto, capaz de dirigir su lucha. Por esta razón no se debería confundir el partido con la clase ni considerar miembro del partido a cualquier huelguista o a cualquier intelectual que se considere marxista.

El célebre debate en torno al artículo 1º de los estatutos, surgido en el Congreso de 1903, que daría origen a la escisión entre bolcheviques y mencheviques, partía precisamente de la visión enunciada, ya que mientras Martov (portavoz de los futuros mencheviques) defendía que cualquier simpatizante que colaborase de alguna manera con el partido, bajo la dirección de uno de sus órganos, podría ser considerado miembro, Lenin consideraba que sólo podrían ser miembros los militantes perfectamente encuadrados y disciplinados.

Inspirándose en estas líneas, la organización bolchevique que se desarrolló en los años siguientes, partiría de un esquema en el que el partido se encontraba dividido en dos partes, formadas ambas exclusivamente por militantes de organizaciones estables.

-Un primer círculo de cuadros libres de toda ocupación que no fuese trabajo de partido, de revolucionarios profesionales con cierto nivel de conocimientos teóricos, experiencia política, práctica organizativa y conocimiento de las normas de clandestinidad. Este sector debería efectuar la base del trabajo de coordinación, dirección, publicaciones y propaganda.

-En segundo término, una amplia red de organizaciones locales con elevado número de militantes que fuesen capaces de llevar las posiciones del partido a amplios miles de trabajadores.

En el seno de este tipo de organización, en esta fase concreta al menos, los cargos directivos serían elegidos en los Congresos, pero el principio electivo no iría más allá, siendo el resto de la escala dirigente cooptada o designada, según los casos y niveles, de modo a preservar las estructuras del partido y a hacer de él una máquina eficaz.

Las críticas a estas posiciones no se hicieron esperar, destacando entre ellas las de Plejanov, Martov y Trotsky, que acusaban a Lenin de confundir la dictadura del proletariado con la dictadura sobre el proletariado, así como de partir de concepciones bakunistas y populistas. Frente a ellas Lenin consideraba que "...los oportunistas son los únicos que pueden aún, en la época actual, ver un peligro en las organizaciones de conjurados...cuando se explicó hasta la saciedad la vital importancia de la agitación política de masas." (Un paso adelante, dos pasos atrás, p. 435. Ob. Esc. Ed. Progreso).

El miedo a la organización centralizada, su encubrimiento con frases del estilo de "el contenido es más importante que la forma" y "el programa y la táctica son más importantes que la organización", el culto a los círculos heterogéneos y descentralizados como forma ideal de organización "caracterizan precisamente los métodos de pensamiento que reflejan las condiciones de vida pequeñoburguesas, a las cuales deben su origen; el...anarquismo señorial... La organización del partido le aparece como una "fábrica" monstruosa; la sumisión de la parte al todo y de la minoría a la mayoría le aparece un "avasallamiento"; la división del trabajo bajo la dirección de un organismo central hace soltar

alaridos tragicómicos contra la transformación de los hombres en "ruedas y tornillos" de un mecanismo..." (Un paso adelante.....p. 443).

La consecuencia de estas posiciones sería la defensa del autonomismo, de la reivindicación de que no todas las decisiones políticas importantes partan de un sólo centro, acusando al centralismo de ser siempre burocrático en la práctica, coincidiendo así con las posiciones anarquistas.

Los resultados de esta polémica, vistos a distancias, dan en gran medida la razón a los adversarios de Lenin, incluso si se tienen en cuenta las necesidades de una organización que está dando sus primeros pasos bajo unas condiciones particularmente represivas. Si la teorización realizada por Lenin en torno al partido hubiera quedado reducida a estos aspectos, la única posición lógica, desde una perspectiva revolucionaria, sería combatirla abiertamente. En esto consiste precisamente el truco de gran parte de los críticos actuales que reducen el leninismo a la expuesto en los textos de esta fase, siguiendo en ello al estalinismo que los ha utilizado machaconamente para justificar un régimen particularmente opresivo y contrario a los intereses populares.

Sin embargo, las aportaciones de Lenin no se redujeron a las anteriormente expuestas, adaptándose, por el contrario, a cada situación concreta, y aprovechando los nuevos análisis para enriquecer la teoría general. Buena muestra de ello son sus textos de 1905 y 1917, que pasaremos a analizar brevemente.

Desde su retorno al interior, en 1905, Lenin sintió gran preocupación por los problemas creados por la adaptación organizativa del partido a las nuevas condiciones. A este problema dedicó una serie de artículos en Novaia a mediados de noviembre. En primer lugar consideraba que la celebración del Congreso de unificación de las dos fracciones era imprescindible, pues la división causaba graves confusiones en la base obrera. Ese sería un buen momento para poner en práctica nuevos procesos electorales y de organización, pues aunque "...partidarios de la "mayoría", siempre dijimos reiteradamente que la democratización del partido, llevada hasta sus últimas consecuencias, era imposible en las condiciones de trabajo clandestino; que en estas condiciones "principio electoral" es una mera frase...nosotros, los bolcheviques, reconocemos la necesidad de pasar al principio electoral en las nuevas condiciones, al pasar a la libertad política..." (Sobre la reorganización del Partido, Ob. esc. Vol. I. p. 583-584. Ed. Progreso).

Lenin consideraba aún imprescindible mantener el aparato clandestino, pues la lucha no estaba ganada, ni muchos menos, pero también era necesario no perder un momento en desarrollar con audacia un nuevo y amplio aparato legal. En relación a las observaciones, que generalmente pretendían apoyarse en el "¿Qué Hacer?", sobre que abrir las puertas del partido sólo serviría para diluirlo en la masa, Lenin oponía una argumentación basada en que ya no se estaba en el periodo de nacimiento del partido, como en la época del II Congreso; por el contrario, existía ya una organización y unos principios estabilizados.

"No, camaradas, no exageremos ese peligro. La socialdemocracia ha adquirido renombre, ha trazado una dirección, ha forjado cuadros obreros socialdemócratas. Y en el momento presente, cuando el heroico proletariado ha demostrado en la práctica su disposición a la lucha y su capacidad de combatir

solidariamente, firmemente, por fines bien comprendidos, de luchar con un espíritu puramente socialdemócrata, sería por demás ridículo dudar de que los obreros que ingresan en nuestro partido y los que mañana ingresarán en él, invitados por el C.C., no serán socialdemócratas en el 99% de los casos. La clase obrera es socialdemócrata por instinto, de modo espontáneo, y en diez largos años de trabajo la socialdemocracia ha hecho mucho, muchísimo, para convertir esa espontaneidad, en conciencia. No os pintéis horrores imaginarios, camaradas! No olvidéis que en todo partido vivo y en desarrollo siempre habrá elementos de inconsistencia, vacilaciones, titubeos. Pero esos elementos pueden ser y serán influidos por el núcleo socialdemócrata firme y unido.

"Nuestro partido se ha entumecido en la clandestinidad... La clandestinidad se desmorona. Adelante, con mayor audacia, empuñad las nuevas armas, entregadlas a gente nueva, ampliad nuestras bases de apoyo, llamad a todos los obreros socialdemócratas, incorporadlos por centenares y por miles a las filas del partido.... Dejemos a un lado todo espíritu mezquino en la necesaria reforma del partido: emprendamos sin dilación la nueva vida". (Ibidem, p. 585-586). Si comparamos estas afirmaciones con las de los bolcheviques "mecanicistas", que sólo podían ver (como aún ocurre actualmente) principios abstractos e intemporales por todas partes, se puede tener un buen ejemplo de la diferencia entre el pensamiento y la práctica de Lenin y los catecismos de algunas sectas. Cuando Lenin considera que es necesario formar un partido sólido en torno a un núcleo de funcionarios, al margen de que esta fórmula nos parezca buena o mala, no está diciendo que ésta sea la única forma de que un partido sea revolucionario, sino simplemente que esa es la forma que considera más eficaz de hacerlo en una situación concreta. Sin embargo, cuando la situación cambia, el partido debe actuar de forma radicalmente nueva.

Otro aspecto importante en la evolución del pensamiento de Lenin es su nueva postura en relación al tema de la espontaneidad. Mientras en 1903, bajo la influencia de Kautsky que no desaparecerá totalmente hasta 1917, pensaba que la clase obrera es espontáneamente sindicalista, y sólo puede acceder a la conciencia revolucionaria por la influencia externa de los intelectuales marxistas, a partir de 1905 se va inclinando cada vez más a considerar a la clase obrera como espontáneamente revolucionaria y comunista, sin necesidad de intermediarios. A esta evolución no es ajeno el surgimiento de los soviets, verdaderos artífices de la revolución de 1905 y, en cierta medida, de la de 1917.

Durante el periodo reaccionario, que comenzó con nitidez a partir del verano de 1907, el trabajo de las organizaciones del partido se hizo mucho más difícil, y éste se vió obligado a replegarse nuevamente hacia la actividad clandestina. Sin embargo, la experiencia adquirida les llevó a mantener los mejores lazos posibles con las diversas plataformas legales de intervención que se les ofrecían, incluyendo la propia Duma (Parlamento zarista), abandonando las posturas izquierdistas, a pesar de ciertas resistencias, que llevarían a un peligroso aislamiento de las masas y a la consecuente tendencia a la burocratización y dogmatización.

El año 1917 comenzó en Rusia con un fuerte relanzamiento de las luchas obreras que confluirían en una importante jornada de lucha en varias ciudades, precisamente en el 12º aniversario del "Domingo Rojo" de 1905. Las luchas fue-

ron a partir de ahí imparable, dirigiéndose aceleradamente hacia la huelga general insurreccional. Los mencheviques y socialistas revolucionarios intentaron dirigir este movimiento para, a partir de ello, conseguir una alianza con la burguesía liberal con el fin de derrocar al zarismo. Los bolcheviques, por el contrario, mantenían sus posiciones anteriores de alianza con el campesinado y lucha por la democracia revolucionaria.

El 18 de febrero la lucha entró en su pendiente final con la huelga del importante complejo fabril Putilov, en Petersburgo, que rápidamente se extendió, llegando al cabo de pocos días a más de 200.000 huelguistas, sin que ningún partido consiguiera más que ir a remolque de los hechos. El 25 de febrero se declaró la huelga general política en toda la capital, comenzando a tener carácter insurreccional. Los zaristas amenazaron entonces con enviar a los frentes de combate a todos los huelguistas que no volvieran inmediatamente al trabajo. Pero ya era muy tarde. Los soldados, en su gran mayoría, no estaban dispuestos a ejercer la represión sobre los trabajadores y comenzaron a defenderlos. El día 26 abrieron fuego por primera vez contra la policía, que había intentado disolver concentraciones de obreros. Desde ese momento el derrocamiento del zarismo era ya un hecho.

A partir de estos sucesos comenzaron a desarrollarse, paralelamente, los dos poderes que protagonizarían a lo largo de varios meses, los intereses populares y burgueses: por un lado, los soviets de obreros y soldados, que fueron cayendo bajo la dirección de mencheviques y socialistas revolucionarios; por otro, el Gobierno Provisional, surgido del acuerdo entre liberales, mencheviques y socialistas revolucionarios que, fieles a sus tradicionales análisis, consideraban que era la burguesía quien debía acceder al poder a lo largo de esta fase.

La influencia de estos acontecimientos sobre Lenin no se hizo esperar. Su confianza en el movimiento popular espontáneo se afianzó, llegando a afirmar que valía más un sólo acto revolucionario de las masas que todas las decisiones y discusiones de las diversas burocracias aisladas del pueblo. Al mismo tiempo, tuvo la convicción de que sin un partido fuertemente organizado y unido íntimamente a las masas populares, la revolución fracasaría. Las decisiones deberían ser tomadas por los propios órganos de masas, mientras que el partido velaría por la continuidad del movimiento y debería colocarse al frente del proceso de modo a evitar que éste fuese abortado por las fuerzas organizadas de la burguesía y por la actividad contradictoria de los reformistas.

La combinación del papel de los órganos directos de las masas y del partido sería, sin embargo, el permanente talón de Aquiles de la teorización leninista, ya que el inevitable predominio de una u otra estructura llevaría a consecuencias radicalmente distintas, como quedaría meridionalmente claro a lo largo del desarrollo del proceso.

En el período que media entre las revoluciones de febrero y octubre, Lenin consideraba que Rusia atravesaba un período de transición en el que el objetivo central del proletariado debería ser el derrocamiento del Gobierno Provisional. Para ello sería necesario un grado suficiente de organización tanto para vencer la resistencia de la burguesía como para crear un Estado proletario de nuevo tipo.

Para que esto fuera posible era esencial que hubiera, en todas partes, ór-

ganos de poder popular, soviets; sólo a partir de ellos podría destruirse la máquina del Estado burgués y sustituirla por otra donde el ejército, la policía y la Administración fuesen asegurados por el pueblo.

Para que todo ello fuese posible sería necesario fortalecer el partido, de modo que éste ganase la mayoría en los soviets, y éstos asumieran la necesidad de la revolución proletaria.

Sin embargo, esto llevaría a que, al contrario que en el proceso de febrero donde el proletariado había desarrollado espontáneamente la lucha, el proceso de octubre a pesar de hacerse en nombre y a través de los soviets, fuese dirigido y controlado por el partido bolchevique que, de ese modo, en la práctica, sustituía a las masas en la toma de decisiones.

No obstante, estos hechos no llevaron a Lenin a teorizar el papel del partido como órgano por encima de la voluntad de las masas; por el contrario, inmediatamente después de la toma del poder Lenin decía: .... "Como gobierno democrático que somos, no podemos hacer abstracción de la voluntad de las masas populares, incluso en caso de estar en desacuerdo con ellas. La vida dará la razón a quien la tenga... Debemos seguir a la vida en la elaboración de las nuevas formas de gobierno; debemos dejar en completa libertad a la acción creadora de las masas populares." (Discurso ante el Soviet, citado por V. Serge en El año I de la Revolución Rusa).

La orientación propugnada por Lenin se vería dificultada y, poco después, invertida, por dos problemas -las dificultades creadas por la resistencia interna y externa al nuevo régimen y la propia estructura del partido bolchevique- que la hacían imposible en la práctica.

Estas circunstancias llevaron a que, después de octubre, la organización del proletariado en clase dominante se hiciese casi exclusivamente a través del partido. Fue el partido, en efecto, quien materializó el poder, englobando el poder del Estado, pero no limitándose a él. El poder de los soviets nunca pasó de ser meramente formal, lo que les llevo a la extinción progresiva a lo largo de los años veinte.

La confusión entre partido y aparato de Estado, así como la identificación mecánica entre los intereses del proletariado y las decisiones de los órganos de poder, llevó a que la democracia proletaria no pasara de los discursos y declaraciones a partir del segundo año del poder "soviético".

La gravedad de esta situación se hizo más patente a partir de la reconstrucción de la estructura del partido llevada a efecto por el VII Congreso. Además del Comité Central, único órgano de discusión global hasta entonces, es creado el Politburó, formado por cinco miembros permanentes y tres suplentes, que queda encargado de la dirección permanente del partido en los intervalos entre las reuniones del C.C. Junto a este nuevo órgano se establecen un Orgburó, encargado de la organización interna, y un Secretariado del C.C. Estos órganos pasarán a funcionar como dirección administrativa y se relacionarán directamente con el aparato administrativo del Estado, concentrando así un enorme poder.

Estas modificaciones afectarán profundamente el funcionamiento del partido, marcando el momento fundamental de la sustitución de los órganos políticos elegidos por los militantes, por órganos administrativos designados a dedo.

El poder del aparato llevará a que los anteriores debates y discrepancias

internas vayan atenuándose por el terror a caer en desgracia ante los órganos todopoderosos. La prohibición de tendencias organizadas aprobadas en el X Congreso y la disminución de atribuciones de los órganos locales y regionales acabaron de crear las condiciones que permitieron la desaparición de cualquier vestigio de democracia, que sería completado, ya en los años 30, con la eliminación física de todos aquellos que no fueron capaces de perder el hábito de pensar por sí mismos.

El siempre presente pragmatismo de Lenin, le llevó a apoyar medidas hasta el momento en que verificó que, lejos de contribuir a una consolidación de las bases esenciales para la transición, estaban alzando una barrera que bloquearía a breve plazo el curso de la revolución. Sin embargo, su combate contra las tendencias burocráticas y dictatoriales que se estaban imponiendo aceleradamente en el partido; fueron estériles dado lo precoz de su muerte.

La evolución de los años posteriores y la sacralización de una serie de clichés que, bajo el rótulo de "leninismo", servían de cobertura a la ideología oficial del nuevo régimen, fueron creando una imagen en la que todo lo negativo del estalinismo fue borrando tanto la historia real del partido bolchevique como el pensamiento de Lenin.

Otra cuestión sería analizar hasta qué punto la eficacia de un partido centralizado, aunque no monolítico, como el que proponía Lenin, puede llevar a una evolución totalitaria o, por el contrario, si es posible que unas formas organizativas no autoritarias pueden llevar a un cambio radical en las condiciones de vida y trabajo de la humanidad. Pero esto es ya algo que desborda los objetivos de este trabajo, y que sólo la práctica futura podrá desvelar.

**ESTA ES TU HERRAMIENTA DE  
TRABAJO**

**DISCUTELO Y  
DIFUNDELO**